

destos, humildes y libres. Su vida toda, en fin, fué dirigida por la Sabiduría divina, que le inspiró la verdadera inteligencia y sentido con que se había de santificar á sí mismo y á sus prójimos. En premio de su grande y seráfico amor á Dios, el Señor obró en él y por él los prodigios más inauditos y portentosos. Deseó la sabiduría, y se la dió; pidió é invocó al Señor, y le envió su espíritu.

He concluido lo que prometí: falta solo que nosotros imitemos al gran Felipe Neri; que deseemos como él la sabiduría; que la invoquemos y la merezcamos, amando mucho á Dios y al prójimo. No será poco adelanto la devoción á este distinguido Santo; yo os la recomiendo, para obtener la pureza, la devoción y la caridad perfecta, y, sobre todo, la salvación eterna. ¡Ojalá que el Señor nos la conceda! Y tú, Santo mio, pide y alcanza para nosotros el dón de inteligencia en el sentido de la sabiduría celestial: ruega, pide al Señor, que se digne, clemente y pío, echar desde el Cielo una mirada amorosa sobre tu viña, plantada con la virtud de la diestra del Excelso; sobre tus buenos y virtuosos hijos los sacerdotes del Oratorio; sobre todos los cristianos; en fin, sobre la Iglesia de Jesucristo; y que la consuele, la dé paz y enjugue sus lágrimas. No te olvides, Santo mio querido, de este sacerdote, el menor y más imperfecto de todos; y que el Señor me mire con misericordia, acepte mis pobres trabajos y padecimientos, y me perfeccione, como debo estar y ser á sus divinos ojos; sí, Dios de bondad, te lo pedimos todos y te lo pide Felipe. Confiamos todos, hermanos míos; Dios nos ve y oye; nos perfeccionará, si lo ganamos, como á Felipe Neri; y nos llevará también, como á Felipe, á la morada eterna de los justos, que es la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN FELIX AFRICANO,
DIÁCONO Y MÁRTIR, APÓSTOL DE GERONA.

Qui vicerit dabo ei sedere mecum in throno meo.

Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono.

(APOC. III, 21.)

¡Vencieron! Esta palabra ha formado en todos tiempos el elogio de un sin número de hombres aguerridos, que, luchando en diversos sentidos en defensa de intereses más ó ménos dignos, lograron contra sus enemigos victorias, que les valieron un nombre ilustre en las páginas de la historia. ¡Cuántas veces, empero, el dictado de vencedor se ha atribuido á personajes, cuyas acciones les merecían el de tiranos y verdugos! Vencieron los Jerjes, vencieron los Alejandro, vencieron los Césares, vencieron otros mil en la dilatada serie de siglos, que han trascurrido desde que el génio de la guerra inoculó su mortal veneno á los hombres; pero ¿cuál fué el resultado de sus victorias? La tierra empapada en sangre inocente, los campos cubiertos de cadáveres, las provincias asoladas, los pueblos devorados por las llamas, la virtud violada, y los gritos de la humanidad desatendidos; hé ahí el fruto de los triunfos de esos hombres á quienes el paganismo, sobre todo, prodigaba el nombre de héroes, y ofrecía laureles, y grababa sobre sus sepulcros la inscripción: ¡Vencieron!

El cristianismo cambió las nociones de las cosas que el error y las pasiones habían trastornado; y dando á los hombres verdades positivas, en cambio de las extravagancias que sustituyeran á las primitivas tradiciones, evocólos á sentimientos más dignos de su origen. Era la luz que estaba llamada á alumbrar el mundo; y á medida que ha extendido por la sobre haz de la tierra sus esplendentes rayos, los hombres se han persuadido, de que no es vencedor admirable el que sabe ven-

cer reinos y sojuzgar naciones, sino el que sabe vencerse á sí propio y sujeta sus afectos al yugo de la razon; que no es un héroe el que rodeado de satélites, lleva la muerte por todas partes, sino el que humilde y modesto en todo, tiene bastante firmeza para sufrir los tormentos y la muerte ántes que faltar á sus deberes para con Dios; finalmente, que no es hombre grande el que puede hacer y hace daño á sus semejantes, sino el que sabe derramar toda su sangre por su Criador, y por sus hermanos los demás hombres. ¡Cambio admirable! ¡feliz revolucion! Mártires de Jesús, vosotros comprendisteis perfectamente esta doctrina, y tuvisteis valor para practicarla. Superiores á las miras mezquinas de lo terrestre, y á los halagos de la naturaleza corrompida, vosotros marchasteis en pós del eterno Vencedor del mundo; y mirando con indiferencia una vida, que no podiais conservar sin hacer traicion á vuestra fé, preferisteis morir entre los tormentos ántes que amancillaros con una cobarde apostasia. Á vosotros, pues, que triunfasteis de tiranos henchidos de preocupaciones funestas y enemigos declarados de la verdadera religion; á vosotros, si, os cumple el dictado de vencedores ilustres; y con razon la Iglesia os teje guirnaldas que siempre reverdecen, y sobre vuestros sepulcros esculpe con caracteres indelebles este sublime elogio; ¡Vencieron!

Merecedor por todos conceptos es de esta gloria el héroe, que hoy arranca las ovaciones del cristianismo. ¡Oh! ¡qué admirable se presenta á los ojos de la religion el glorioso diácono S. Félix, apóstol de Geroná! Él se venció á sí mismo, haciéndose superior á los dulces lazos de la sangre y de la pátria, por ir á defender en tierra extraña los intereses de la religion; venció á la idolatría, predicando sin temor la divinidad de Jesucristo; venció á los tiranos, muriendo generosamente ántes que abjurar sus creencias; y como vencedor en todos los combates, fué digno de sentarse en el trono que tiene Dios preparado para los que se sacrifican gustosos en las aras de la religion. Esto es lo que me propongo demostraros: para hacerlo con fruto, imploremos los auxilios de la gracia: *A. M.*

La vida del hombre en la tierra es un continuo combate, pues por todas partes estamos rodeados de enemigos, que procuran vernernos. Jesucristo no quiere darnos totalmente de balde su eterna gloria; exige de nosotros que la conquistemos peleando con valor. Pero ¿cómo triunfar de los innumerables peligros con que está siempre acosada nuestra vida? Basta la divina gracia para alcanzar el triunfo: con ella combatió y venció el glorioso mártir S. Félix. Singular ejemplo de fortaleza, de constancia, de amor y celo nos dió este héroe,

en la más terrible y dilatada persecucion que padeció la Iglesia, la de los emperadores Diocleciano y Maximiano, que excedieron en crueldad á los Nerones, Décios, Domicianos, Trajanos, Valerianos, Severos y demás emperadores. Parecia que en esta persecucion se habian hermanado todo el poder del Infierno, todas las fuerzas del mundo, y todas las furias del abismo, para acabar del todo con la religion, y borrar de la ház de la tierra hasta el nombre de cristiano. Empero, en aquellos tiempos de tribulacion suscitaba precisamente el Señor almas grandes, espíritus sublimes; héroes capaces de burlar el enojo de los tiranos, y dignos de la corona y palma del martirio. Solo en un mes de esta persecucion, cuenta el verable *Beda*, diez y siete mil mártires; y en el año 307, seis mil seiscientos sesenta y seis, todos soldados, que trocaron su milicia alistándose en las banderas de nuestro Salvador crucificado, y las sellaron con su sangre derramada por sus enemigos, en odio á la fé católica. Entónces fué cuando previno la divina Providencia un campeón de los más fuertes, para contrarrestar los primeros encuentros de la persecucion de Diocleciano y Maximiano en España.

En la ciudad de Scilita, en Africa, nace un héroe de la religion, y en otra parte nace un móstrno de la idolatría; Félix el uno, y Rufino el otro; éste será un perseguidor del cristianismo, y aquél un defensor de la fé católica. Félix, educado en las máximas del Evangelio, adornado con todas las gracias, y prevenido con las bendiciones de dulzura, es de carácter dulce, piadoso, de honestas costumbres y ejemplar en las virtudes. Rufino, imbuido en los errores de la idolatría, es de carácter feroz, de costumbres depravadas y ejemplar en los vicios. Félix es enviado con su hermano Cucufate á la célebre entónces universidad de Cesarea, donde se profesaban todas las ciencias. En ella aprendieron perfectamente la ciencia más importante, la ciencia de los Santos, la ciencia de salvarse. Sus adelantamientos en las otras ciencias les ofrecen las borlas, las cátedras, los honores, las dignidades, el fausto, la opulencia, el humo de una gloria vana; pero miran con desprecio las conveniencias que se les proporcionan. Pelean contra la ambicion, y la vencen con la divina gracia. Saben que Daciano, el más tenaz perseguidor de los cristianos, es enviado á España en calidad de presidente por los emperadores, para ejecutar los planes de la persecucion fulminada. Encendido Felix en el amor del prójimo, en el celo de la religion, en los deseos de morir por Jesucristo, determina pasar á España. ¡Qué caridad tan ardiente! ¡qué celo tan generoso! ¡qué resolucion tan heróica! Así lo expresa, diciendo á su hermano Cucufate: «Ya es tiempo de buscar otra vida que no tenga fin, porque ésta es de poco momento.»

Quiere Felix llegar á Cataluña, ántes que Daciano fije este terrible decreto: «Nadie adore á Jesucristo; y el que contraviniere á los mandatos de los emperadores, será castigado públicamente con suplicios de muerte los más atroces.» La precisión de embarcarse y sufrir la pesadez de la nave, entregado á la discrecion de las aguas y de los vientos, ataban las alas de su ardiente amor, por no llegar tan pronto como sus deseos. Estos deseos le obligan á emprender un viaje tan precipitado, que casi no le dán tiempo para consultar con sus pensamientos, y lo dispone sin despedirse de sus padres y amigos. Á Dios, *Seilia*; á Dios, *Cesarea*; á Dios, *Africa*; á Dios, padres de Felix y de Cucufate; á Dios para siempre: que vuestros hijos y discípulos se destierran voluntariamente de su patria, sujetando á la religion todos sus afectos, y siguiendo los impulsos poderosos del amor á Dios y al prójimo, del celo de la religion, de los deseos de morir por Jesucristo en defensa de la católica fé. ¡Oh Religion cristiana! ¡qué espíritu no formas tan fuertes y sublimes! Antes de tu establecimiento no iban en busca de la horrorosa muerte, ni la deseaban ignominiosa á los ojos del mundo sinó los desesperados, para salir de su penar insufrible. Solo la insaciable codicia del oro, de las ganancias, hacia cruzar los golfos peligrosos. Solo la ambicion de reinos, de presas y despojos, forzaba á entrar en combates peligrosos con la esperanza de la victoria. ¡Héroes del siglo, que no conocéis otros intereses en vuestras decantadas empresas; llenaos de admiracion, sinó de asombro! Dos jóvenes robustos dejan en las costas de Africa á sus padres, patria, y todas las comodidades apetecibles para consumir tranquilamente su vida, y se embarcan para España, porque saben que aquí les esperan los trabajos, las tribulaciones, los horrores de la hambre, de la sed, de las cárceles, de los suplicios, de la misma muerte. ¡Oh Dios mio! ¡y quién lo creyéra, si no hubiese precedido nuestro singular ejemplo! Sí, oyentes míos; desde que Jesucristo quiso y deseó padecer la más ignominiosa pasion, humillándose El mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas; ¡cuán sin número han sido sus imitadores! ¡cuán deseada la corona y palma del martirio, aún de aquellos héroes que no necesitaban añadir á su santidad este nuevo triunfo, para coronarse eternamente en el trono del glorioso Vencedor!

Entre tantos millares de héroes desea numerarse Felix, y quiere ser de los más ilustres vencedores. Ya, Rufino cruel, comisionado en Cataluña por el feroz Daciano, puedes prevenir todos los instrumentos de tortura y suplicios de muerte, inventados por el odio y la

venganza contra los cristianos inobedientes, que ya salió de Africa tu primer competidor, el invencible en las peleas de espíritu; ya llega Felix con su hermano Cucufate á Barcelona. Se une á los cristianos, predica el santo Evangelio, y es, en sus principios, un predicador apostólico. Deja á su hermano en Barcelona, y corre á Gerona, como deseoso de oponerse á los primeros encuentros de la persecucion. Enseña á los ignorantes el camino de la salvacion, arguye y convence á los herejes, convierte á los gentiles, conforta á los débiles cristianos, consuela á los fugitivos y socorre á los miserables. ¿Qué no haria un doctor como Felix, encendido en el amor y celo de la honra de Dios y de la salvacion de las almas? Confinés de Cataluña, y tambien *Gerona* y *Barcelona*, vosotros inmortalizareis al héroe africano, al apóstol de Gerona. De sus heroicas acciones, de sus ilustres triunfos llena vuestra memoria, hará que la generacion presente la refiera con entusiasmo á las generaciones futuras. Sí, oyentes míos; oyeron en Felix la voz de los apóstoles, del óptimo doctor, del terror de los vicios. Vieron en Felix el carácter amable de la virtud, el bello génio de la religion santa, el dechado del amor de Dios y del prójimo. No tardó Rufino en hallar al astro que no se oculta, y que tanto resplandece en la esfera del catolicismo. Le intimó el decreto de los emperadores, capaz solamente de intimidar á otro cristiano ménos armado con el incontrastable escudo de la fé, caridad y esperanza de alcanzar en todas las peleas el triunfo. Felix ha de acreditar con las obras la doctrina que enseña. Para esto le llenó el Señor de espíritu de inteligencia y sabiduria. Aún me parece que oigo de su boca, en medio de sus fervorosas exhortaciones á los fieles, repetidas aquellas palabras: ¿Qué cosa más gloriosa para los cristianos, cuando por divina vocacion caen en poder de los tiranos, como el mantener la fé á su Dios hasta el último aliento? ¿Qué cosa más admirable, que subir al Cielo, triunfar entre los ángeles, gozar de la divina presencia, y poseer eternamente el trono glorioso destinado para quien venciere? El que ha preparado á los cristianos catalanes para los combates de la persecucion, no solo no teme á los enemigos de la verdad, sinó que les sale al encuentro, y les provoca al combate. Hace inútiles los decretos que le intima Rufino, los pone bajo sus piés, y con no ceder, vence. El furor de Rufino se irrita para castigar, como la caridad de Felix se inflama para derramar su sangre en defensa de la católica fé. Vereis en Felix la roca firme, que no pueden contrarrestarla los ímpetus constantes de las más furiosas olas. Vereis al cedro, que colocado en la cumbre, se mantiene erguido con sosiego en medio de los huracanes. En fin, vereis-

el combate, y admirareis la crueldad del tirano Rufino y la invicta paciencia del mártir Felix, cuya victoria anuncia desde el principio el espíritu, que está pronto, y ha de ganar con la carne enferma. Vereis confirmado aquello de: pelear y vencer, fué todo uno.

Una lluvia continua de azotes caiga sobre las espaldas de ese insolente profanador é inobediente súbdito; rasgad su cuerpo y atado de piés y manos, sea puesto en hediondo calabozo, hasta que el hambre y la sed lo consuman, si no adora á nuestros dioses. Ese es el lenguaje de la venganza é enojo de Rufino. ¿Y quién podrá separarme del amor de Dios? Ésa sería, sin duda, la respuesta de Felix, repitiendo las palabras del Apóstol: «La tribulacion, el encierro, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, el cuchillo? Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes; ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la violencia, ni otra criatura podrán separarme del amor de Dios, que está en Jesucristo Señor nuestro.» Se sostiene Felix en este propósito; se ejecuta la sentencia; es azotado con crueldad, y atado de piés y manos metido en el calabozo. Y cuando juzgaba Rufino hallar á Felix vencido, ó muerto, le encuentra recobrado, y tan valiente como en el principio del combate. Quiere Rufino que su castigo sea público, tan atroz y extraordinario, que escarmiento totalmente de una vez á los demás inobedientes cristianos. Manda que atado á las colas de caballos, sea arrastrado por la ciudad de Gerona. Las bestias azotadas corren velozmente, y lastiman, dislocan y despedazan el santo cuerpo. ¿Y despues de tan acerba pasion? Vuélvenle á la cárcel misma tan constante en la confesion de la fé como ántes. Sus heridas son mortales, y en la tierra no hay confortativo: su curacion solo podia ser milagrosa; Y lo fué. Un celestial médico baja á visitarle, confortarle y curarle. ¡Qué alegre compañía! Los tormentos ya pasaron, y el dulzor celestial de que ya participaba, le anima para ofrecerse á otro sacrificio, que le depare otro tan singular consuelo, ó la suma alegría. Deseaba Felix la pelea, los tormentos, para vencer y lograr el eterno gozo que empezaba á sentir. La crueldad de Rufino y el esfuerzo de los ejecutores multiplicaban los méritos del fiel diácono, y lo acrisolaban como el oro en el fuego, para sentarse en el trono que dará Dios á quien venciere. Temía ya el tirano no recabar la cobardía del que se manifiesta en lo más fuerte del combate tan valeroso como al principio, y quiere dilatar su muerte y atormentarle con una lentitud cruel. Todo un día se emplea en tenerle colgado de los piés, abriéndole nuevamente las carnes con peines de hierro. ¡Qué cruel es el hombre! ¡y qué desposeído de sentimientos humanos por el in-

terés de ganar un jornal, atormentando á su semejante, que no le ofende! Admiro en ellos el exceso de cruel inhumanidad; pero, más admiro como prodigiosa la fortaleza del paciente. La constancia y la alegría de Felix en lo sublime de los dolores, confunde la furiosa tiranía del cruel Rufino y la insensibilidad de los verdugos.

Vuélvenle vivo al calabozo, al mismo lugar donde probaba los anticipados favores y dulzuras de la Gloria. Un celestial concierto de música, y un raro esplendor que oyeron y vieron hasta las centinelas, que habian de ser testigos más fieles, convertia al tenebroso sitio en celestial Paraiso; y Felix participa más de los bienes del Cielo que de los males de la tierra. Ya no prodiga lágrimas en este valle de miserias, pues cerca está de las puertas eternas; más es cortesano del Cielo entre los ángeles, que viador miserable entre los hombres. La cárcel para Felix es la entrada, y las puertas de ella lo son del Paraiso, donde le dió el Señor la claridad eterna y le coronó. La cárcel para Felix es ya aquel lugar donde Dios enjugará las lágrimas de los ojos de los Santos, donde no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor alguno. ¡Ah! Rufino no sabe cuán cerca tiene Felix la eterna dicha, la corona y el trono en que ha de reinar eternamente. No entiende que ya solo le martirizan los deseos de poseer tantos bienes, de recibir tanto premio y el amor de Jesucristo, que multiplican las ansias de gozarle visiblemente en la Gloria; que á entenderlo, no intentara disolver de un golpe los vínculos, los impedimentos de la vida, que solo retarda para más atormentarle, ya que no podia vencerle. Nada atormentaba ya á Felix, sino la caridad que arde en su corazón; y llega ésta á tal extremo, que no podrán apagar la multitud de las aguas en que quiere Rufino sumergirle, y acabar de una vez con quien tantas veces le vencía. Mandó que echasen á Felix en alta mar, atado de piés y manos. Ejecútase esta, al parecer de Rufino, última sentencia contra Felix. Mas, cuando juzgaba que aquel bendito cuerpo había sido pasto de los peces, desatado por el ángel, sale del insondable profundo, y caminando con toda la fé sobre las aguas, llega á la costa. Sale enjuto, y se presenta al tirano, para confundirle más, y más vencerle. Este prodigio, bastante para alumbrar al más obstinado idólatra, ciega más con sus rayos á Rufino; y apartando la vista del objeto resplandeciente, firma la última sentencia contra Felix, que la anhelaba. Sea decapitado secretamente en el calabozo. Rufino ya no halla otro arbitrio que el de dar la muerte á Felix, quien diéramil vidas por lograr la eterna vida. Acompañémosle; presenciemos el novísimo combate del vencedor más ilustre. Con las manos cruzadas al pecho se somete á la voluntad de Dios,

en cuyas manos encomienda su espíritu. Con los ojos elevados y alegres, y con la sonrisa en los labios, parece que dice con S. Esteban: *Veo á los cielos abiertos y á Jesús sentado á la derecha de Dios.* El verdugo levanta la cuchilla que ha de dividir el cuerpo. ¡Ay! vuestra piedad diría al verlo: nó, no cortes en la flor temprana la mejor vida; pero el animoso Felix os respondería como el apóstol S. Andrés: *No impidiáis la esperanza alegre de la gloria del martirio.* No es clemencia retardar á los mártires la corona. Cae la cuchilla sobre la cerviz de Felix, y el cuerpo separado de la cabeza cae en el suelo, y su alma vuela á su Criador. Contempladla cómo sube acompañada de las virtudes heroicas, que le ponen la corona y le dán la palma de los vencedores más ilustres; y cómo hollando soles entra victoriosa, haciéndose lugar entre los cortesanos de la Jerusalén triunfante.

¡Oh muerte! ¿dónde está tu poder y tus derechos? ¿Qué trasformacion tan bella has hecho en el difunto Felix, que su sangre derramada le hermosea? Nó, no verá la tierra restituirle esta presa, que la piedad y el culto le arrebatan. Monumentos magníficos, altares ricos, templos suntuosos conservarán el bendito cuerpo, del cual huye la corrupcion, y á cuya presencia, en este mismo sitio, temblarán de temor reverencial, y se postrarán las rodillas de los fieles adoradores, que ofrecerán y depositarán para adorno de su sepulcro las diademas con que se coronaron reyes de la España goda. No se leará en estos muros aquel mote funesto que dicta la piedad; sino el más alegre que escribe la fé con caracteres grabados en láminas de oro: «Aquí alcanzó el diácono y doctor Felix de Scilita el último triunfo en defensa de la fé católica, y de aquí su alma subió á sentarse en el merecido trono de la gloria, donde ruega á Dios por nosotros.» ¡Dichosos padres de Felix! añadid á los trofeos de vuestra esclarecida ascendencia, el nuevo y más ilustre timbre de la corona y palma del martirio, que acaba de ganar vuestro hijo vencedor. Su cabeza, colocada en la iglesia colegial dedicada á su nombre, y su cuerpo en la catedral iglesia de la misma Gerona, obrando maravillas, harán que su nombre glorioso viva para siempre. Los nuevos templos que le dedicará Cataluña, serán el argumento más convincente de la devocion y gratitud á tan glorioso mártir. Los continuos favores del Cielo, que maravillosamente logrará Gerona por su intercesion poderosa, los llevará la fama fuera de los confines de Cataluña; y en Francia, y en Alemania, por todas partes, será admirado, y resonarán las alabanzas del verdadero discípulo de Jesucristo, por cuyo amor dejó á sus padres y hermanos; del celoso doctor, que enseñó y predicó con la voz de los apóstoles; del operario del Evangelio, que

cruzando los mares, se presentó á los riesgos para triunfar de los peligros, oponiéndose á los primeros combates de la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano en España; del verdadero mártir, que menospreció la vida del mundo, y pelcó por la ley de Dios hasta la muerte; del que conoció la justicia, vió grandes maravillas, y á quien Dios acompañó en la cárcel, y no desamparó en los tormentos; á quien dió la claridad eterna, y coronó á las puertas del Paraíso, y puso en su cabeza la corona de preciosa pedrería, sentado ya en el trono reservado al que venciere.

Hermanos míos; la santa Iglesia, en este día del glorioso martirio de S. Felix, nos lo propone como ejemplo para seguir sus huellas. Cuantas veces celebramos las festividades de los mártires, esperamos por su intercesion conseguir los beneficios temporales; así como imitando á los mismos mártires mereceremos recibir los bienes eternos. Pero nosotros queremos alegrarnos con los Santos, y no queremos sufrir, como ellos, las tribulaciones del mundo. Pues quien no quiere imitar en cuanto puede á los santos mártires, no podrá llegar á la bienaventuranza de que ellos gozan. Imitemos, pues, á S. Felix.

Y vos, Santo dichoso, desde el encumbrado trono de gloria de que fueron dignos vuestros triunfos, derramad sobre todos estos vuestros devotos la más piadosa mirada, que nos haga sentir el poder de vuestro patrocinio, para encenderos en aquella ardiente caridad que os animaba á padecer por Jesucristo. Alcanzados las bendiciones que necesitamos para ser constantes en la fé, en la caridad y en la esperanza de cantar con vos eternos victores en la Gloria. Amén.

PANEGÍRICO
DE SAN FELIX DE CANTALICIO.

Confiteor tibi, quia abscondisti haec á sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.

Yo te glorifico, Padre mio, porque mientras has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes, las has revelado á los pequeñuelos.

(MATTH. XI, 25.)

Cuanto más se registran las obras de la adorable providencia del Señor en el establecimiento de su Iglesia, tanto mejor se perciben en ellas ciertas señales, que desde luego la distinguen de las opiniones y sectas de los hombres. Y á la verdad; elegir los medios proporcionados para conseguir los fines que se pretenden, valerse de la fuerza para triunfar, de la elocuencia para persuadir, de la grandeza para confundir, y de los deleites para corromper, es el primer plan de la prudencia de los hombres, en que nada se halla de admirable y prodigioso; pero, que la flaqueza en manos de Dios, haya sido más poderosa que la mayor fuerza de los hombres, más que la política del siglo de Augusto, que el lujo de Asia, que la fuerza de los romanos, que la sabiduría de los egipcios, que la ferocidad de los bárbaros, que la vanidad de los filósofos y las supersticiones de los pueblos; y, finalmente, que todo lo grande, lo sábio, lo poderoso del mundo, se deshaga y aniquile á la presencia de la rusticidad, flaqueza é ignorancia de doce pobres pescadores, esto es, hermanos míos, un asombro, es una maravilla, es un prodigio propio y peculiar de la mano del Omnipotente. Grande se manifiesta, Dios mio, vuestra providencia con vuestra Iglesia en el cuidado que habeis tenido de ella, no solo en plantarla con unos medios tan admirables, sino en sostenerla y dilatarla venciendo las herejías, combatiendo la infidelidad, y desterrando los vicios por medio de los excelentes doctores de que la habeis adornado; pero este cuidado aparece mayor cuando elegis para

los mismos fines, no doctores sábios, no grandes, no reyes ni emperadores, sino hombres rudos, ignorantes, sin nobleza y sin poder. Entónces, si, que os confesamos admirable cuando elegis á Felix, lego capuchino, para las mayores obras de vuestra omnipotencia; cuando despreciando la nobleza elegis un Felix de humilde linaje; y despreciando las altas dignidades, poneis los ojos en un Felix, que á lo pequeño de menor, añadió lo mínimo de lego. Éste es aquel pobre levantado del polvo de la tierra hasta el sόllo de la gloria; éste aquel fraile simple, que con su vida ejemplar confundió al hebreo, pasmó al gentil, convenció al hereje, y avergonzó al mal cristiano: éste es aquella nada prodigiosa puesta en las manos de Dios, que es el todo para el remedio de las calamidades, el alivio en los desconuelos, la conformidad en los trabajos, la humildad en las elevaciones, y la sabiduría en las dudas. Hé ahí, hermanos míos, en pocas palabras, el carácter del gran Santo á quien tributamos estos cultos: S. Felix es la nada, mirado á los ojos del mundo; S. Felix es el todo, visto con los ojos de la fé. No extrañeis la idea, porque es la misma que el Santo formó de sí mismo, cuando preguntándole lo que había de ser, respondió: Yo he de ser ó César ó nada. Venid por tanto, pecadores, venid á oír á Felix, que con su nada os desengañará de las falsas ideas que os dá el mundo de un nacimiento ilustre, de la superioridad de talentos cultivados por la ciencia, y de las más brillantes dignidades: lo vereis en la primera parte. Justos, escuchad en el todo de Felix el heroico grado de virtud á que puede llegar una alma fiel á las impresiones de la divina gracia, para que os esforceis á corresponder á las misericordias del Señor: lo oireis en la segunda parte. Justos y pecadores, admirad las maravillas de la divina Providencia, confesad su santo nombre; porque las oculta á los sabios y prudentes del mundo, y las revela y manifiesta á los pequeños. *A. M.*

Las cosas que acá en el mundo nos parecen envidiables; los encantos que nos alucinan, hasta el punto de que perdamos de vista los bienes eternos; los objetos que engañan al entendimiento, y constituyen el todo de la felicidad humana, son el resplandor del nacimiento, la estimación que nos adquieren las ciencias y los talentos, el regalo que se sigue á los deleites, y, finalmente, la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Ésas son las ocultas causas que hacen mover y obrar á los hijos de Adán. Á eso aspiran sus proyectos, sus movimientos, sus deseos y sus esperanzas. Un hombre adornado de esas aparentes prendas es el todo á los ojos

del mundo; un hombre que carece de ellas es la nada á la vista de las gentes; y ved aquí á San Felix pura nada á los ojos del mundo, pues fué un hombre á quien no condecoraba lo ilustre del nacimiento, á quien no adornaban las ciencias, de quien estaban muy distantes los placeres, y que jamás ascendió á la altura de los grandes empleos y dignidades. Así lo vereis si me escuchais con atención.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías, es el error más universalmente establecido entre los hombres. Todos saben, que es un tronco mismo el origen de todas las familias, y un tronco inficionado, manchado y corrompido por el pecado. El bárbaro y el escita, el griego y el romano, el judío y el gentil, el moro y el cristiano, el esclavo y el libre, el noble y el plebeyo, el rey y el súbdito, subiendo de generacion en generacion, hallarán descender todos por línea recta de un mismo padre. Todos encontrarán el barro por su origen y principio; y todos conocerán, que lo que distingue los vasos, haciendo que unos sean vasos de ignominia y otros de honor, no es la masa de que han sido formados sino la voluntad del alfarero que les dió el destino. Estas verdades eternas, no ménos olvidadas del mundo que importantes para la salvacion, hizólas patentes el Señor con el nacimiento de Felix. Cantalicio, aldea pequeña situada á las faldas del Apenino, fué su cuna. Nada aparece en su nacimiento á los ojos del mundo, que no fuese oscuro y despreciable. Sus pobres y humildes padres, comían el pan con el sudor de su rostro, labrando con fatiga la tierra ingrata desde el primer pecado. Felix careció de un nacimiento ilustre, segun la gloria mundana; pero tuvo por su cuna á la virtud, en la que fundó su verdadera nobleza y segura felicidad. Acaso, ¡oh Dios mio! un nacimiento más distinguido le hubiera hecho inútil para el cumplimiento de vuestros designios y para el aumento de vuestra gloria. Porque, á la verdad: ¿qué cosa es un nacimiento ilustre? Es nacer un hombre destinado á seguir las modas, las costumbres, los errores, los abusos de su siglo; es un derecho para transpasar impunemente las leyes, y es, muchas veces, un pronóstico de reprobacion en los impenetrables y ocultos juicios de Dios. No os dejéis, pues, hermanos míos, arrastrar de la corrupcion del siglo en que vivimos. Imitad á Felix, colocando vuestra felicidad sobre la nada de la grandeza humana, sobre el todo de la virtud.

Las ciencias son el segundo escollo de los mortales, y por cuya adquisicion sudan, se fatigan los hombres, viajando por naciones, cursando universidades, manejando libros, y pasando en las vigiliass y desvelos de un penoso estudio lo más florido y apreciable de la edad; y

cuanado despues de un afán inmenso se han adquirido una lijera tintura de algunas artes ó facultades, se tienen por oráculos, se estiman por unos hombres de otra especie, y establecen su grandeza en el mundo sobre unos fundamentos tan poco sólidos. Porque, á la verdad, cristianos oyentes: ¿qué es lo que sabe el hombre? ¿Sabe, por ventura, con cierta ciencia, alguna cosa dentro ó fuera de sí mismo? ¿Sabe el hombre cómo su alma informa y vivifica el cuerpo, cómo le dá vida y movimiento? ¿Entiende siquiera el hombre, el principio, aumento y composicion de un solo cabelleto de su cabeza? ¿Pensais, acaso, que fuera de sí mismo tenga más segura ciencia? Nada ménos. Nada hallareis más comun en todas las facultades, que poner uno por sólidos é incontrastables principios, lo que otro niega y tiene por delirios y extravagancias. La verdad anda entre sistemas opuestos; cada uno pretende atraerla á su partido. El mundo está entregado á las disputas y opiniones de los hombres, y grande sería la ciencia del que supiese que nada sabia; pero la posesion de esta nada dichosa estaba reservada para ornamento de nuestro glorioso Felix; hombre tan ignorante á los ojos del mundo, que ignoró hasta las primeras letras. ¿Qué quereis que haya aprendido un pobre labrador, decía el Santo, criado en los bosques, guiando bueyes al pasto, creciendo entre los arados, zapas y azadones, sin dejarlos en todo el día de la mano; y que despues de capuchino solo ha tratado las alforjas, y tal vez la azada en los trabajos propios de lego? Persuadios, añaia, de que yo no conozco otra cosa que la santa Cruz, y con su inteligencia deseo y procuro entender solamente seis letras, las cinco coloradas, y la una blanca; y si yo obtuviése la gracia de comprender estas letras perfectamente, no cederia esta Sabiduria por la de los teólogos y maestros de primera clase. Y preguntándole: ¿qué letras eran aquellas? Respondia: las cinco letras rojas son las cinco llagas de mi Salvador; y la letra blanca su Santísima Madre. ¡Oh ignorancia sábia de Felix, más feliz que todos los sábios del mundo! Venid, venid, hombres ilustrados é instruidos; venid á la escuela de Felix, que con seis letras solas enseñó todas las ciencias; y si no tomáis su leccion os quedareis con toda vuestra sabiduria envueltos en la más culpable ignorancia. Y vosotras, gentes pobrecillas, no os desconsoléis con no saber leer, escribir, contar ni otras ciencias; tampoco Felix las sabia; pero las cinco llagas de Jesús y la amable persona de Maria santísima le servían de libro, el cual está igualmente patente para vosotros; solo resta que os apliqueis á meditar en Jesús y Maria, y que trabajéis como Felix por imitarlos: de esta suerte quedará confundida toda la sabiduria del mundo á presencia de la nada de vuestra ciencia.

Los placeres y deleites de los sentidos son el tercer tropiezo de los hombres; pero el mundo, léjos de huírlos como trópico, aspira con ansia á conseguirlos. Los placeres forman la mayor parte de la felicidad del siglo: á ellos se dedican las horas, los días, y aún los años; para disfrutarlos se despoja á los mares de sus peces, á los vientos de sus aves, y á los campos de sus flores, de sus frutos y animales. Las músicas, los juegos, las galas, las visitas, los bailes, los espectáculos, todo concurre á formar el idolo brillante del placer, que logra casi tantos adoradores como individuos tiene el universo. Bien pudieran conocer su error, si atendieran á que al paso que los sentidos logran saciarse con esas exterioridades, padecen los corazones mil sustos, temores y sobresaltos; porque no son los deleites del sentido los que constituyen la felicidad del alma, ántes ella se lamenta, viéndose sentenciada á padecer tantos grados de tormento cuantos haya permitido á sus sentidos de placer y de deleite. Bien pudieran entender los del mundo, que el camino de la verdadera felicidad es el camino de la Cruz, y que no es lícito á la criatura racional obrar sin algun fin honesto y virtuoso; pero estos útiles y santos conocimientos estaban reservados para nuestro Felix, que, desde su juventud, presentó al mundo un modelo de la más rigida y austera penitencia. No solo no constituyó su felicidad en los deleites y regalo de los sentidos, sino que les declaró una guerra tan viva y permanente, que duró hasta el último aliento de su vida. Aquellos santos rigores con que empezó á martirizar su inocente cuerpo en sus primeros años, perseveraron sin intermision hasta su mayor ancianidad. Su vestido en el siglo servia más para cubrir su desnudez que para abrigar su cuerpo. Su hábito en la religion era el más áspero y más usado: su comida el ayuno, su cama unas toscas y desnudas tablas, su sueño las vigiliás, y su descanso las fatigas; su cuerpo, ceñido con un horrible cilicio, estaba acardenalado con varias y asperisimas disciplinas que tomaba cada noche; y, finalmente, en Felix nada se hallaba que tuviese visos de placer y de regalo. Desengaños, delicadezas del mundo, que no consiste vuestra felicidad en conceder á vuestros sentidos los peligrosos gustos que les concedeis: imitad á Felix, que aunque inocente, se mortificaba para ser discípulo de aquel Señor que dijo: El que quisiere tenerme por maestro ha de negarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirme.

Las grandezas y dignidades son el último precipicio á que corren apresurados los hombres. Para conseguirlos dirigen sus pretensiones, ponen en movimiento todos los resortes de la amistad, del parentesco, de la adulacion y otras artes malignas ó indecorosas.

Para conseguir las dignidades se inquieta á los grandes, se interesa á las señoras, se hacen regalos, presentes, obsequios y promesas. ¡Desdichado afán de los mortales! Porque á la verdad, hermanos míos; qué nos las dignidades más eminentes y los empleos más brillantes? Si queréis hablar de buena fé os vereis precisados á confesar, que son unas verdaderas cargas, y las más veces insoportables é insufribles á los hombres que las pretenden. ¡Dichoso nuestro Felix, cuyos únicos cargos fueron el de inocente pastorecillo cuando niño, de labrador cuando mozo, y de inocentero del convento de Roma cuando anciano! En estas ocupaciones nada se divisa de aquel fausto tan inseparable de las dignidades del mundo. La humildad fué su carácter; y á pesar de las honras que le tributaban en Roma los grandes, los príncipes, los cardenales, los papas, y aún los mismos santos, como fueron S. Carlos Borromeo y S. Felipe Neri; Felix, repútase no por hombre, sino por la humildad personificada. ¡Oh gran Dios! y si un ejemplo tan poderoso fuera capaz de desengañar á los mortales infatigados con lo ilustre de su nacimiento, con la estimacion de las ciencias, con el regalo de los placeres y con el fausto de las dignidades! El mundo tiene á un hombre condecorado con esas sobresalientes calidades por el todo de la felicidad humana; pero Felix demuestra con su nada, que las dignidades, los deleites, las ciencias, y los nacimientos ilustres, son, cuando se hallan en un sugeto sin virtud, unos precipicios verdaderos, unos escollos ciertos, unos tropiezos infalibles, y unos errores manifiestos. La virtud, hermanos míos, la virtud es la que dá el precio, la solidez y el esmalte á todas esas cosas. Sin virtud todas son nada; y la virtud, aún sin ellas, es el todo. Felix os ha convencido de lo primero, y Felix vá á convenceros de lo segundo.

Acabamos de ver á Felix sin ninguno de aquellos adornos que forman la felicidad de los mundanos, y sin ninguno de aquellos atractivos que arrebatan las estimaciones del siglo. Escuchad ahora, y le vereis, colocado en las manos de Dios, obrar prodigios y maravillas, decidir en los puntos de la ley, ejercer un divino imperio sobre todas las criaturas, penetrar el secreto de los corazones, hacerse el oráculo de su siglo, y gozar con grande plenitud en la tierra las dulzuras de la gloria. Yo le veo sanar todo género de enfermos con solo formar sobre ellos la señal de la cruz; sosegar las irritadas fleas, amansar los embravecidos brutos, mandar á los elementos, y arrancar á la misma muerte sus despojos, restituyendo la vida á los difuntos. Yo le advierto elevado en el aire, contemplando de hito en hito como águila misteriosa el divino Sol de justicia, pasando los

días y las noches en oración, sin dejar jamás la presencia de Dios, y recibiendo sin interrupción regalos, favores, ilustraciones y visitas del Cielo. Yo le veo penetrar los misterios más ocultos de la religión, explicarlos con la mayor energía y caridad, resolver con acierto los puntos más difíciles, y aconsejar con prudencia sobre las materias más profundas. Yo le oigo descubrir los movimientos más ocultos de los corazones, entrar hasta el secreto de las conciencias de aquellos que le trataban, y aplicarlos con rigor ó con dulzura los remedios de sus enfermedades, según la interior disposición de los que habían de recibirlos. Él era un hombre justo en su trato, prudente en sus resoluciones, fuerte contra las tentaciones, y templado en los honestos placeres de la vida; sus ojos, sus pasos, sus palabras, sus acciones, sus movimientos todos, respiraban modestia y honestidad. En suma, su cuerpo y su alma eran un acabado modelo de perfección.

Yo no tengo tiempo para individualizar algunos casos que evidencien lo que os acabo de insinuar, ni dejaría de hacerme molesto si tratara de referirlos. Examinadlos vosotros con la más escrupulosa reflexión. Yo os invito á que penetreis su inalterable paciencia cuando, atropellada su venerable persona en una calle por un hombre que iba á caballo, y no pudiendo levantarse por su ancianidad y el daño que había recibido, suplica al religioso su compañero, que ayude al jumento de los Capuchinos para que se ponga en pié, y luego, hincándose de rodillas, pide al gineté le perdone el habersele atravesado en el paso. Ponderad bien este lance, y pasad después á examinar su penitencia. Arráncadle del cuerpo aquella horrible cota de mallá llena de agudísimas puntas con que se coñía; miradle bien sus sangrientas disciplinas; no os olvidéis de las grietas, abiertas en los piés por los hielos, las nieves y las escarchas; y veis como las cosía con un cabo, como si fueran sus carnes insensibles. Dad otro paso, entrad en su celda, y le oireis con una prudencia cabal y ciencia infusa responder á S. Cárlos Borromeo y á S. Felipe Neri, que han ido á consultarle negocios de grandísima importancia, y tomar sus resoluciones como de un oráculo en quien hablaba el Cielo. Pasad después á la iglesia, y le admirareis, no una vez sola, inmóvil, bañado en lágrimas, lleno de resplandores, y como otro santo viejo Simeon con el niño Jesús en sus brazos, regalándose con Él, besándole tiernísimamente, abrazándole afectuosísimamente, y entregándole el alma en cada ósculo y en cada abrazo, especialmente al devolverlo á su Madre santísima, que también estaba presente, alegrándose de ver gozar á Felix los dulces cariños de su Hijo. En fin,

tomad vosotros el tiempo que os agrade para hacer una completa anatomía de sus virtudes, registradlas todas muy bien, dadlas aquel peso y aquella estimación que se merecen; yo sé que no le falta alguna; y por más que mireis con los ojos de la fé, no habeis de hallar sino un alma fiel á las impresiones de la gracia, que, subiendo de grado en grado por la mística grada y escala de la perfección, llegó á aquella altura, á aquella elevación en que una alma se halla íntima y perfectamente unida con Dios.

Y bien; ¿qué hemos conseguido con ver á Felix confundir con su nada toda la grandeza mundana? ¿Qué hemos logrado con mirar á Felix animar con su todo á las almas en el camino de la perfección? ¿Hemos tomado la resolución de poner el capital de nuestra verdadera grandeza en la virtud, y no en la nobleza, las ciencias, los deleites y las dignidades? ¿Hemos determinado pasar adelante en el camino de la perfección á pesar de todas las contradicciones del demonio, de todas las tentaciones de la carne, y de todos los silbos y menosprecios del mundo? Si es así, dichosos vosotros, y dichoso yo. Yo, por haberos inspirado estas resoluciones santas, que os conducirán derechamente á la vida eterna; y vosotros, por haber sido dóciles á mis palabras. Pero ¡ay! que á la primera ocasión de dar un desahogo á vuestros sentidos, de tomar satisfacción de un agravio, de manifestar la distinción de vuestros talentos, y hacer valer lo ilustre de vuestros antepasados, todos vuestros propósitos se desvanecerán como el humo, todos se aniquilarán como si jamás hubieran sido; volverán las pasiones á tomar el dominio sobre vuestro corazón, os entregareis á los deleites; y con una vida toda sensual llegareis hasta las puertas de la misma eternidad! Gemireis entónces viendo pasados vuestros años en formar unas torres de vanidad, que se disparán repentinamente á vuestros ojos, por no estar edificadas sobre el cimiento sólido de la virtud. Os acordareis entónces, de que Felix os enseñó á ser felices, y vosotros no le quisisteis imitar; os acordareis de que con su nada deshiizo cuanto brillaba en el mundo, y un desengaño tan patente os servirá de tormento eterno.

Y vosotros, oyentes míos, si ya os determinasteis á servir á Dios, ¿qué es lo que os detiene en la prosecución del bien comenzado? ¿Es acaso la pobreza? ¿Pues, qué, Felix era rico? ¿Es vuestra ignorancia? ¿Por ventura Felix sabía leer? Sois frágiles, es verdad; pero Felix no era de vuestra misma frágil naturaleza? Teneis tentaciones, no lo dudo; pero Felix ¿dejó de experimentar la tentación? El mundo os burla y menosprecia; pero ¿acaso el mundo ha usado jamás de otro lenguaje con los siervos del Señor? No os detengais, cristianos, en

el camino que habeis emprendido: el mismo Dios adorais que Felix; en el mismo mundo vivis. Luego, si Felix llegó á ser un todo de virtud á los ojos de la fé, la misma fé nos enseña, que todo lo podemos en El que nos conforta; y que ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni los peligros, ni las persecuciones, ni la muerte misma podrán separarnos, si no queremos, de la caridad de Jesucristo. Solo resta el que nosotros eficazmente queramos salvarnos, como lo quisieron los Santos. Y pues vos, ¡oh gran Felix! lograis en la bienaventuranza eterna la dicha de ver á Dios y gozarle, pedidle, ¡oh Santo mio! que aparte nuestro corazon del amor desordenado de todo lo temporal, que fortifique nuestra voluntad en el bien, y nos conceda una preciosa muerte en su divina presencia.

PANEGÍRICO

DE SAN FELIX DE VALOIS.

Sectamini charitatem.

Corred para alcanzar la caridad.

(I Cor. xiv. 1.)

¡Religion santa y divina, heredera del espíritu sublime de tu fundador! tú sola eres la que, ciertamente, puedes gloriarte de que en ti se halla la verdadera beneficencia, la beneficencia evangélica; solo entre tus verdaderos hijos se encuentra esta virtud celestial. En vano un espíritu novador, un trastorno general de ideas ha pretendido sustituir á la caridad más ardiente, al heroísmo más puro en su ejercicio, la filantropía más insuficiente como interesada. En vano, encomiando esta filantropía, quiso eclipsar el origen divino, el principio eterno en que se funda la caridad, para establecer la beneficencia, que sólo se apoya en brazos de carne, en juego de palabras y voces que nada significan. En vano de este modo y con tan sofisticado lenguaje, ha pretendido atraer hácia sí multitud de incautos, que palpando por fin la falsedad y el artificio se han desengañado prácticamente; porque una beneficencia puramente humana no es otra cosa que un sentimiento natural del corazón del hombre, y este sentimiento encuentra en el mismo corazón una multitud de otros afectos naturales que le restringen y le limitan, como la venganza, el odio, el orgullo... De ahí, los hombres que quisieron guiarse por solo los inciertos y vagos principios de su decantada filantropía, lejos de poseer un amor general y sin restricción para con todos sus semejantes, no pudieron ocultar su aversión y odio contra aquellos, cuyo género, interés, y aún muchas veces simples opiniones, fueron contrarias á las suyas. Para evitar tan injustos procedimientos necesitaba que dimanasen de un principio, que, de una parte, fuera infinito ó sin límites; y de la otra, superior á todos los sentimientos naturales del corazón humano y capaz de dominarlos á todos.

Mas, este principio no puede ser otro que la caridad divina, ni en-

contrarse fuera de la religion cristiana. La caridad, ó el amor de Dios, eleva á la criatura sobre sí misma, le comunica los sentimientos del Sér perfecto que ella ama, la hace mirar á todos los hombres como á sus hijos, como una imagen suya, como los objetos de su ternura; y por estos titulos la hace amar á sus semejantes, le inspira un deseo sincero y ardiente de hacer el bien á todos, sin excepcion alguna, naturales y extrangeros, conocidos y desconocidos, buenos y malos, amigos y enemigos; la dispone á sacrificar su fortuna, su crédito, su reposo, y, si es necesario, su vida misma, para salvar al desventurado, al afligido que gime en la tristeza y el dolor, en la persecucion y en la injusticia, sin esperar por ello recompensa alguna, y sin otras relaciones que las de la humanidad.

¡Ah! y qué ejemplos hallaremos de esta verdad en tantos héroes del cristianismo! Y ¿qué modelo más perfecto podré presentaros que el que nuestra madre la Iglesia nos señala en este dia? Sí; ella pone delante de nuestra vista la grata memoria del gran patricarca san Felix de Valois, aquel pequeño Moisés, suscitado por la Providencia para volver la libertad á los cautivos cristianos; aquel ilustre fundador de una Orden tan esclarecida, que tan grandes y señalados bienes ha hecho á la Iglesia y á la sociedad; aquel varon santo, que, abrasado de un amor puro y desinteresado, supo dar los testimonios más claros de una beneficencia verdadera, de un amor tan puro y tan ardiente para con su Dios y con sus prójimos, dispuesto á perder su libertad y hasta su misma vida por conservar ambas cosas á sus hermanos afligidos y cautivos, sin otro fin que el de tributar gloria á Dios y sacrificarse en las aras de la caridad; sin hacer alarde de ella, sin pretender otro premio que el que está reservado en la inmortalidad. Bajo estos rasgos pretendo en esta mañana, cumpliendo mi honroso encargo, daros á conocer el héroe de los presentes cultos. Quiera el Cielo satisfacer mis deseos, que no podrán efectuarse si tú, divino é increado amor, que procedes del Padre y del Hijo, no despides uno de tus rayos que abraze y encienda mi alma. Hazlo así, por aquella afortunada criatura en cuyo purísimo y virginal corazon celebraste tus inefables desposorios: *A. M.*

Aunque, segun el Apóstol, no hay delante de Dios excepcion de personas; aunque solo se diferencia los hombres en el juicio divino, segun la diversidad de sus obras; es menester, sin embargo, confesar, que el nacimiento, la nobleza, los bienes de fortuna y otras calidades externas, dán cierto realce y brillantez á la virtud y santidad, que la hacen más recomendable al mismo Dios, y más admira-

ble á los hombres; ó bien porque es más difícil y raro, que los afortunados en el mundo sean santos por los muchos obstáculos que se les presentan, ó bien porque la constante práctica de las virtudes en estos héroes verdaderamente extraordinarios, confunde los vanos pretextos y frívolas excusas de los que se quieren persuadir de que no solo no es posible alcanzar la cumbre de la perfeccion, sino que aun ésta es inaccesible en sus principios. Así es, que Dios, con su infinita sabiduria dispone, que la virtud de su gracia resplandezca más y más en esos acabados modelos, y que se descubra maravillosamente en ellos lo que parece más árduo y dificultoso.

Dispúsole así en el perfecto modelo de santidad que hoy tenemos á nuestra vista, y en el que no podemos ménos de admirar una virtud en lo sumo del heroísmo, una caridad que jamás se extinguió, desde el momento que se encendió á los resplandores de la gracia y llenó su espíritu en el dia de su regeneracion. Yo no hablaré de lo que el nacimiento de Felix tuvo de ilustre, segun el mundo: no necesitamos para nuestro intento saber, que este héroe, muchas veces noble y no pocas grande, pertenecía á la real casa de Valois, y que era el heredero de la corona real de Francia, y poseedor de cuantiosas riquezas; de lo que si debemos por todos los medios penetrarnos, es, de aquel abrasado amor, de aquel amor purísimo á su Dios en todos los estados de su vida; porque ¿en cuál de ellos le podemos considerar en que no se descubra esta ardorosa llama? Veámoslo. Animado é impellido de aquel amor purísimo, aprendió de buena voluntad y practicó todas las virtudes: la humildad, la mortificacion, la misericordia para con los pobres, y otras muchas. En el palacio de Luis VII de Francia, es decir, en donde se anidan el orgullo, la envidia, la vida regalada; en donde se respira un aire corrompido; la inocencia de Felix se conserva como el lirio entre las espinas.

¡Ah! ¡Quién pudiera hacer una breve reseña de aquel valor heroico que muestra en la conquista de la Tierra santa en compania de su tío el santo rey Luis!... Los muros de Damasco dirán á la calumniadora impiedad, que la virtud cristiana no es cobarde, que es conforme á la magnanimidad, que el hombre virtuoso es valiente, pero sin presuncion y sin arrogancia. Felix es el primero en el combate, no porque le mueva la ambicion de la gloria mundana, sino por cumplir con su deber. Porque ¿qué hay ya para Felix en el mundo, si el mundo no le pertenece, si ha renunciado cuanto posee y puede corresponderle; si ya no vive, sino exclusivamente para Dios; si elevado ya al sacerdocio se encamina á las soledades de Galvese y á la montaña de Brodeña?

Hé ahí, hermanos, el teatro donde quiero que con la detencion posible le contempléis. En la soledad es donde pretendo haceros testigos de aquel amor puro y abrasado con que se dirigió hácia Dios y hácia sus prójimos, porque, zen dónde, cristianos, se aprende más seguramente la ciencia de la caridad que en el retiro y en el silencio? ¿Dónde se fija más el entendimiento en las ideas de la bondad de Dios, de su liberalidad, de su omnipotencia? ¿Dónde se adquiere una idea más clara de la insuficiencia de las cosas criadas para llenar el corazon, criado únicamente para amar el sumo Bien? ¿Dónde se advierte más la necesidad de aborrecer las riquezas, los honores y las dignidades, que tanto nos separan del amor que debemos poner en nuestro Dios? ¿Dónde se goza de aquella paz del espíritu, que produce sola los ordenados deseos del corazon racional? Hablad sinó vosotras, almas afortunadas, que vivís en el retiro y en el claustro: ¿es tan fácil en el tumulto de la Babilonia, entre los placeres del siglo, entre las diversiones del mundo, entre los halagos de los parientes, entre los negocios de la sociedad, aprender la ciencia de la caridad como en la soledad de los claustros, entre las luces de la oracion, entre la libertad del espíritu, entre los ejercicios de la mortificacion, y entre la fuga de las ocasiones? Decid, ¿no se facilita en vuestra soledad la resolucion de abandonar todas las cosas en obsequio de Aquel, que no sufre divisiones en su amor? Pues esto es lo que puntualmente practicó vuestro glorioso Patriarca: vió el mundo y huyó de sus peligros; vió y contempló á su Señor, y se acercó á Él en el silencio y en la soledad, para que allí le hablase al corazon con aquella voz que inflama el espíritu de los que le invocan con afecto y verdad.

¿Qué extraño será, pues, que Felix de Valois se mantenga constante en el amor de su Dios en el resto de su vida, si ha bebido en el desierto aquella agua divina que salta hasta la vida eterna? ¿Qué admiracion debe causar, que nada pueda separarle de su Dios, si se ha embriagado en el amor divino mientras ha estado conversando con Él? Herido de este amor su corazon, siente la llaga que no puede ser curada sinó por la mano de Aquel que la ha causado, le busca incesantemente; y despues que le ha encontrado, siente que muere á todos los deseos terrenos. Unida su alma á Dios en fuerza del amor, ya su imaginacion se halla sin ideas, su entendimiento sin discurso, su corazon sin deseos, sus pasiones sin ruido y sus sentidos sin operacion. Entónces todas las criaturas desaparecen de delante de sus ojos como las sombras á la presencia del sol; no siente más que la fuerza del amor que enciende su corazon; no escucha más que la voz de su

Dios, ni gusta más que de la dulzura de su retrato y de su compañía; sé admira, se asombra, no alcanza á comprender, como se puede amar y buscar otra cosa que no sea Dios. Gusta, hermanos míos, nuestro Santo en el desierto, unos placeres tan puros y unas consolaciones tan extraordinarias, que no sabe si está en el Cielo ó en la tierra; y si en este estado permaticiese mucho tiempo, sin duda se rendiria la naturaleza á los violentos latidos del amor.

Despues de estas inefables y divinas comunicaciones, descende de la montaña Brodelia resplandeciente de luz, todo abrasado de amor; todo penetrado de Dios, exhalando aromas celestiales, que embalsaman el corazon de cuantos tienen la dicha de acercársele, resuelto y determinado á seguir á su Dios donde quiera conducirle; pronto está á manifestarle su amor, ó por la vida, ó por la muerte; resuelto está á sacrificarse por su amado. ¿No es así, glorioso héroe de la caridad? ¿No sacrificaréis generosamente vuestro reposo y las delicias de la soledad en obsequio del que tan ardientemente amais? ¡Oh! ¡y cuán ardorosos son los impulsos del amor! ¡Oh! ¡y á qué pruebas no expone la caridad! Mirad, mirad, glorioso héroe, lo que deseais: mirad que es lo que ofrecéis: á mucho os expone vuestro amor... Pero no temais, cristianos, no temais que las pruebas á que puede ser expuesto Felix de Valois, entibien su caridad; no temais que le arredren los peligros: nada hay incómodo para el verdadero amante; donde hay amor no se encuentra trabajo; y si le hay, se ama el mismo trabajo.

Palpado, cristianos. Una vision maravillosa, aunque oscura, indica al insigne doctor Juan de Mata, que la Providencia le destina para una grande empresa: se ve agitado del deseo de saber la voluntad de Dios, y el Señor le dá á conocer, que el medio más apto es el retiro. Parte presurosamente á él y halla un varon amado de Dios: uno y otro se abrazan, y sin conocerse se saludan por sus nombres. Juan de Mata halla en el desierto á Felix de Valois; una providencia oculta ha unido á estas dos columnas para grandes designios. Bendita sea, ¡oh Dios mio! vuestra sabiduria, alabada sea vuestra providencia. ¿Quién creyera, Señor, al retirarse al desierto nuestro Santo, que había de salir de él para el ejercicio de la mayor caridad? ¿Quién creyera, que un hombre retirado á un bosque, había de ser el destinado para restituir á la sociedad los individuos que tan alejados se veían de ella? ¿Quién juzgara, que un solitario, derramando lágrimas de amor y de penitencia, se preparaba sin advertirlo para enjugar las de miles de infelices perseguidos y maltratados? ¿Quién creyera, que las manos de un solitario, que solo manejaban los instrumentos de la mortifica-

cion, estaban disponiéndose para romper las cadenas de los detenidos injustamente en las mazmorras? ¿Quién se persuadiera, que entre dos hombres solos, sin riquezas, sin autoridad, sin compañeros, sin favor, se habían de concebir altos proyectos para los que no eran suficientes los multiplicados recursos del ingenio y del poder? Así es, cristianos; Felix de Valois y Juan de Mata en el desierto, tan humildes y caritativos, conocen los designios del Señor, y se someten á ellos; Dios los destina al árduo empeño de redimir los cautivos de la infeliz servidumbre que padecian bajo el yugo sarraceno. Desde este punto, nuestro Santo ya no trata más que de cumplir con su ministerio; el amor que hasta ahora le ha hecho colocar todo su corazón en su Dios, le hace desde esta época dividirle con sus prójimos. Oídle exclamar entre los éxtasis de su caridad: Yo, Dios mío, habla fijado mi espíritu en solo Vos, para amaros á Vos únicamente: si os he de amar con todo mi corazón, ¿qué parte he de dejar en él á mi prójimo? Si mi alma, mi corazón, mis fuerzas han de emplearse en vuestro amor, ¿qué me queda, Señor, para amar á los necesitados? Si todo lo queria yo para Vos, ¿por qué me obligais á mirar por los hombres? Pero ¡ah! Dios mío, ya conozco que cedéis misericordiosamente una parte del amor que os debo á favor de mis prójimos; pues pronto estoy á cumplir con vuestra voluntad: hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha, y está dispuesto á ejecutar vuestros designios.

Tan generosa es la disposición de nuestro Santo para emprender los primeros pasos de la grande obra que empezó á idear. Consolaos, cautivos infelices, un nuevo orden de cosas se establece para vuestro rescate; ya se han consolidado los primeros proyectos de vuestra libertad; un pueblo nuevo vá á formarse que acudirá á todas partes para socorremos. Felix y Juan de Mata son el alma de esta empresa, más firme y más estable y más feliz en sus efectos y resultados, que cuanto idea la humana sabiduría; su caridad, su verdadera beneficencia, como una lluvia oportuna, hará que á vuestros días de tristeza sucedan días de prosperidad y de alegría; saldreis alegres de vuestras oscuras mazmorras, y seréis llevados en paz al seno de vuestras familias. Para efectuarlo, abandona nuestro héroe el lugar de sus delicias, cual es la soledad; acude al Vicario de Jesucristo, para que confirme su determinación; roune nuevos compañeros para la feliz ejecución de la empresa; toma á su cargo el cuidado de su recién nacida Orden; interesa á los principes y poderosos del siglo; recoge cuantiosas limosnas para los rescates, sacrifica su reposo, su salud, su vida misma. ¡Ah! ¡y en qué vivos deseos arde de darla en beneficio de sus hermanos afligidos! ¡Cómo suspira porque llegue el

momento deseado de libertarlos á costa de su sangre! ¡Cuántas veces deseó ir en persona á tratar los negocios de la redencion de cautivos con los mismos reyes bárbaros y tiranos, por ver si se le ofrecia ocasion de padecer el mártirio! Pero ¡qué cruel debe ser el que tortura su corazón, viendo que no puede desahogar la llama de la caridad que le abrasa, atendida su avanzada edad! Mas ¡cuán ingenioso es el amor! Ya que por si no pueda, constituido prelado de la primera casa del Orden de la santísima Trinidad en Ciervo-Frigo, sabe inspirar á sus hijos el mismo espíritu de caridad que no puede ménos de admirar, y que atrae sobre ellos las benéficas miras de todos los soberanos de Europa. Los Alonso, Fernando, Enrique, y Felipe católicos de España; los Manuales y Juanes de Portugal; los Augustos y Luises de Francia; los de Alemania, Rusia y Polonia; los de Inglaterra y Escocia han sido testigos de su caridad y de su beneficencia verdadera.

Los actos heroicos con que se señalaron sus hijos, se palparon en las treinta provincias de su extension, se conservaron en más de veinte monasterios, que poblaron más de seiscientos doctores, y de donde fueron elevados al episcopado y á la púrpura cardenalicia; y mil y mil mártires, que dieron testimonio de su ardiente caridad con su misma sangre; caridad tan ardiente, que mereció el dictado de heroica, con que la apellidó el funestamente famoso Voltaire, jefe de los incrédulos y ateos; caridad tan ardiente, que tales ventajas reportó á la Iglesia y al Estado en cerca de cuatrocientas redenciones, en las que se dió libertad hasta á cuarenta mil desdichados cautivos. Estos fueron los fratos y efectos admirables de la caridad, del amor y beneficencia, que no solo ardia en el pecho de Felix de Valois, sino que supo infundir á los individuos del utilísimo instituto, que, inspirado del Cielo y para bien de la humanidad, fundó en union de S. Juan de Mata. ¡Que nos pinte ahora la impiedad, como lo há de costumbre, con los colores más denigrativos esta religion, en que solo se halla la verdadera beneficencia, tan amante de los hombres y tan misericordiosa; que nos la representen como antisocial é intolerante; que la traten de fanatismo bárbaro y sanguinario!... Pero Vos, Dios mío, habeis tenido á bien justificarla por los hechos y hacerla triunfar de sus enemigos, presentando de vez en cuando en vuestros siervos, las señales ciertas de una caridad y de un amor verdadero á los hombres. Que nos presente ahora la impiedad en todas las asociaciones que ha constituido para esclavizar á los hombres y hacerlos infelices, si en una sola de ellas se hallan los verdaderos principios de esa tan decantada beneficencia, y si les ha proporcionado tantos bienes; cuan-

do, por el contrario, esta religion sacrosanta, animada del espíritu de Jesucristo, su fundador divino, en las diferentes asociaciones religiosas que la embellecen, puede dar los testimonios más irrefragables de su amor puro, desinteresado; de sus miras benéficas, y de las ventajas reales y positivas consignadas en una y mil páginas de la historia de la Iglesia y de los Estados. Y concretándome á la que se gloria de tener por su fundador á S. Felix de Valois, ¡qué de conquistas no hicieron sus hijos en la India, bajo la dirección de un Pedro de Corvillan, sucesor de Sto. Tomás apóstol y antecesor del grande y siempre memorable S. Francisco Javier, cuya venida anunció con trescientos años de anticipacion! ¡Ah! la politica y la historia recordarán muy ufanas las luces de que es deudora la Francia á un Roberto Gaguino, desempeñando el espinoso empleo de primer ministro de Estado. La sagrada púrpura se envanece y con razon, por haberse unido al toco sayal del hábito trinitario. El sexo devoto ¿no tuvo su ejemplar y modelo en una Laura, honor de la estirpe real de Castilla, la cual, en union de setenta y dos hijas suyas, juntó en Constantinopla la palma de la virginidad á la del martirio? Trescientos mártires sacrificados al furor del insaciable, del cruel tirano y perseguidor de la Iglesia, Enrique VIII de Inglaterra, tuvieron con su sangre el hábito honroso de Felix de Valois en las islas Británicas. Los apreciadores de la ciencia divina, consignada en la teología dogmática, moral y mística, no podrán ménos de recordar con agradecimiento y respeto la memoria de un Juan Bautista de la Concepcion, de un Beltrán, de un Leandro, y aún de un Ildefonso del Espíritu Santo. Todos ellos, en fin, herederos del espíritu de Felix de Valois, darán testimonio de la mayor caridad, cual es, segun el divino oráculo, el dar la vida por su amado, á que estuvieron prontos y dispuestos en la redencion de los desdichados cautivos.

Habeis visto, cristianos, con cuánto fundamento os anuncié á Felix de Valois como un varon santo, que abrasado de una caridad ardiente y desinteresada, supo dar los testimonios más terminantes de una beneficencia verdadera, de un amor tan puro y generoso para con su Dios y para con sus prójimos; dispuesto á perder su libertad y hasta su misma vida por darla á sus hermanos afligidos y cautivos, sin otro fin que el de tributar gloria á Dios y ser victima sacrificada en las aras de la caridad, sin hacer alarde, sin pretender otro premio que el que está prometido y reservado en la inmortalidad. Todo lo habeis visto comprobado en la generosa resolucion de abandonar al mundo, sus pompas y vanidades, en obsequio de Aquel que era todo el objeto de su amor y cariño; y que á pesar de las castas

delicias de que el amor divino le inundaba en la soledad, luego que se penetró de los designios del Señor, se apresuró á obedecerlos, manifestando en ello su pronta voluntad, su acendrada caridad para con los hombres, perpetuándola, si me es lícito hablar así, en los individuos de una Orden religiosa tan esclarecida, que ha reportado á la Iglesia y al Estado incalculables é importantes beneficios. Aprendamos la ley del amor, por la cual estamos obligados á amar á nuestro Dios y Señor sobre todas las cosas, y á nuestros semejantes como á nosotros mismos.

Esta ley os empeñe, ilustre y glorioso fundador, esta ley os mueva á tender una mirada de compasion hácia vuestros devotos, que os consagran estos cultos para tributaros la gloria y el honor que os son debidos; elevad hasta el trono del Altísimo sus súplicas y ruegos; y no os olvidéis de las nuestras, dirigidas á vivir abrazados en los purísimos incendios de su amor en esta vida, y despues gozar de los premios y los frutos de este amor en el lugar del casto amor, que es la Gloria. *Amén.*